

GUÍA DE

Artistas
y Escritoras
Contemporáneas
Andaluzas

LAS SABATINAS

“... De vida se había llenado la morada de la guarra. A la amanecida cesaron sus gruñidos y por su vientre agarrados a los sonrosados pezones reptaban los guarrillos moviendo sin cesar el tirabuzoncito que les colgaba de sus redonditos traseros. La madre, sin embargo, no era feliz: se había cargado de hijos y no tenía comida para todos; eran doce lechones y sólo diez tetitas para alimentarlos, porque con la que hacía la número once no se podía contar por casi no existir de tan atrofiada en la especie; por eso, dos lechoncillos, como dos monstruos gusanos buscaban entre el montón de hermanos, entre la maraña de rabitos y orejitas, alguna cosita que llevarse a la boca. La madre lo sabía -¿qué no saben las madres?- y por eso no era feliz.

-Hijos- les decía procurando con los nerviosos movimientos de su cuerpo, que algún mamón se desprendiera del chorro y otro ocupase su lugar -Hijos, todos sois hermanos, a todos os quiero dar por igual; no seáis egoístas; tenéis que compartir; el que esté satisfecho que no siga chupando por glotonería y que deje sitio a otro; que unos mucho y otros nada, sólo ocurre en el mundo de los hombres...

La Sabatina y Tablones, miraban absortos desde la puerta de la zahurda.

- Pues los dos guarrillos que han nacido los últimos, morirán de hambre antes de tres días. Carlota intentó despegar de la madre a un mamón para colocar en su lugar al “pobre de solemnidad”, la guarra desconfiada y amenazante, se levantó y los mamones sin soltar los manjares siquiera, ajenos a la trifulca presentada; los rabillos encaracolados, barrieron la broza del lecho y los dos “pobres de solemnidad” como vagabundos de profesión, se habían acurrucado juntos, sin dejar de olisquear en vano.

- Cuando esté calmada la madre arrimaré uno a la “once teta” y algo sacaré.

Pudo hacerlo, pero el lechoncito no pudo succionar.

Muchas veces acudía Carlota o Ana queriendo conseguir que los guarrillos abandonaran su gula y egoísmo; aquella panza era una vena de inagotable alimento, como pozo sin fondo, como tahona rebosante de pan, como un inmenso panal. Había para los doce si hubieran sido más solidarios, más fraternales, más amorosos.

Y al anochechar, como siempre, hombres y animales regresaban a la casa.

Ana tuvo una idea: le darían biberones a los cerditos y los hubiera hecho de no haber visto entrar a la Sabatina:

-¡Parecía venir llorando!- comentaba la joven después- y sin levantar la cabeza se fue al comedor y se estiró en el suelo sobre el lomo y vi como le saltaba leche a borbotones; me acerqué y le toqué las tetitas, duras como el mármol, entonces, corrí, llegué a la corraleta y antes de que la madre me diera el alto, cogí al pequeñín, que apenas respiraba, lo traje, lo arrimé a la Sabatina, que se quedó quietecita, quietecita... le abrí la boca al guarrillo y conseguí a fuerza de paciencia y voluntad que aprisionara el pezón y que empezara a tragar..., luego fui por el otro y tuve que repetir la faena, pero ¡velay!

¡Que bien!

Ya la Sabatina movía el rabo con alegría; se acabó el apaciguamiento que había tenido y en la besana acompañaba en sus carreras al galgo.”

Del libro *Cuentos II (fragmento)*